

UNA LUZ EN LA OSCURIDAD

Sor Nadieska
Almeida, HC

No puedo hablar del hoy de la Iglesia que peregrina en Cuba, sin antes decir algo de su historia, porque no somos una simple sucesión de acontecimientos, sino una vida continuada de generaciones, en donde la antorcha de la fe se ha ido entregando como un gran regalo y esa entrega se realiza desde la lucha. Otras veces, en y desde el silencio, acompañada con el testimonio y el coraje de nuestros mayores, con la valentía de nuestros pastores y la constante entrega de laicos y religiosos. Cuba es una Iglesia que ha hundido y hunde sus raíces en el único cimiento: Jesucristo. Ese Dios hecho hombre por amor, que desde su humanidad comprende y acompaña el dolor de este pueblo sufriente.

Somos una Iglesia que ha optado por el diálogo como camino y que, por esa opción, también ha sido incomprendida. Sin embargo, ella sabe que lo más profundo y lo más importante se gesta allí, en el silencio elocuente, así como el ángel anunció a María, sin ruidos y sin esplendor, que sería la madre del Mesías. ¿Quién supo de la noticia? Allí, en el silencio de Belén, nació el Emmanuel y esta bendición fue anunciada a unos pobres pastores. El hecho de que

todos no lo supieran no quiere decir que no era verdad.

Nuestra historia es la historia de una pequeña comunidad que se ha puesto en manos de Dios y con su gracia ha resistido a las fuerzas del mal, sin haberse convertido en una fuerza política. Ella, ha contestado al mal con el bien. Ella, ha creído en la fuerza de lo pequeño y en la eficacia de la luz, la sal y la semilla (Dagoberto Valdés¹).

Y decidimos sencillamente ser:

Una luz en la oscuridad, un arroyo de agua viva, un cantar a la esperanza.

Quiere ser tu Iglesia, quiere ser tus manos, quiere ser tu voz, quiere ser tu imagen...

Con este estribillo de tan hermoso canto, quiero expresar lo que quizá no sepa transmitir con fidelidad. Me apoyo en la primera frase porque la autora refleja de alguna manera, lo más profundo que hemos podido vivir en este caminar nuestro como Iglesia. El

segundo recoge el deseo de lo que intentamos ser y ofrecer a nuestro pueblo. La historia de la que formamos parte nos ha permitido ser parte de un entramado difícil de comprender, pero a su vez, nos ha llevado a tomar opciones humildes, decididas y claras.

Ser luz en la oscuridad: Para muchos creyentes en nuestra isla, esa fue la opción. Ellos optaron por ser una pequeña luz, donde su única misión fuese la de alumbrar, aunque sea tenuemente, la vida de otros. En los lugares donde se nos silenció y quisieron extinguirnos, estuvo presente un creyente que intentó con todo su corazón ser luz, para iluminar inclusive, la vida oscura de su perseguidor.

Un arroyo de agua viva: Cuando todas las corrientes arrastraban un agua turbia, sin cauce, sin sentido. La opción de la Iglesia fue ser arroyo de agua viva, limpia, transparente, una posibilidad de vida para aquellos que perdieron sus familias y quedaron solos. La Iglesia se sostuvo con el agua añeja de las ancianas que abrían

¹ Laico, intelectual católico. Ingeniero agrónomo. Recibió el premio Príncipe Claus en 1999, fue nombrado por el Papa Juan Pablo II miembro del Consejo Pontificio Justicia y Paz, hasta 2005. En 2014 recibió el premio Jan Karski al valor y la compasión en Washington. En 2011 la República de Polonia le otorgó la Medalla de Bronce que concede el Ministerio de Justicia. En 2008, fundó la revista Convivencia, es autor de numerosos libros.

las iglesias bajo piedras y burlas; y tocaban las campanas sabiendo que nadie iría, pero, recordaban que Dios ahí los esperaba. Benditos manantiales que regaron nuestro pueblo con el peso de los años y el coraje de la fe.

Un cantar a la esperanza: una manera nueva de ser esperanza, era ver como unos se bautizaban a escondidas, iban de su pueblo a uno más lejano para bautizar a sus hijos, allí, el sacerdote y la religiosa se convertía en “cómplice de la fe”, en lo oculto veían renacer la semilla de la fe y como María la conservaban en su corazón. Los cristianos, sembraban el Evangelio como la simiente de la que nos habla Jesús, sin que nadie se diera cuenta. Estos fueron los pequeñitos brotes que dieron sentido y sostuvieron la vida de muchos.

Quiere ser tus manos: Cuántos sueños frustrados en la vida de los jóvenes, cuántos corazones en lucha, cuánta escucha supuso aquellos años. Ser manos de Dios, fue abrazar, esperar y impulsar a que los cristianos fueran de una sola pieza. O sea, sinceros, íntegros y coherentes. El ejercicio de la Iglesia consistía en recibirlos, una y otra vez, aun sin fuer-

zas, y exhortarlos a mantenerse firmes en la fe, caritativos con todos, en los momentos fuertes de miedo. Ser las manos de Dios supuso acoger a los que no eran de los “nuestros” y que estaban allí para hacer daño. El abrazarlos era un gesto de esperanza y reconciliación.

Quiere ser tu voz: y pasó de ser una voz tranquila a una voz que molestaba, que querían silenciar, una voz que se levantaba a decir verdades en defensa de todos, pasó de ser una voz que era escuchada con cierto gusto, a ser una voz molesta, valiente, tenaz, aguda. Así recuperó su verdadera voz para no callarse jamás, y buscó el modo de ser voz aun cuando para muchos era solo silencio, porque el hecho de que no todos escuchan, no quiere decir que no haya hablado o denunciado.

Quiere ser tu imagen: la del pastor que seguía cargando en sus hombros a todas las ovejas; la de una madre que preparaba el alimento espiritual de cada hijo; la de un padre que salía a esperar oteando en el horizonte la llegada del hijo pródigo, quien decidió marcharse creyendo en falsas promesas. La de tantas ancianas que cada día, iban a echar allí lo

que les quedaba para vivir. La imagen también de la mujer pecadora a la que Jesús con tanto amor le dijo: nadie te ha condenado, tampoco yo. Sí, la imagen del perdón sin cuentas de Dios. Cuantas piedras evitadas por el coraje de acoger a los que tiraron piedras, ultrajaron, condenaron y que hoy, ellos también, se sientan en los mismos bancos y nos damos la paz. Sí, es la imagen de ese Padre que siempre tiene abierto el corazón para perdonar, para atender, para acoger. Ser tu imagen es seguir siendo Iglesia santa y pecadora, vulnerable y divina, tejida con los eslabones más humanos pero entretejida por su verdadero hacedor.

Es por eso, por lo que hemos hecho la opción de vivir el valor de lo pequeño, lo débil, lo gradual, lo anónimo, haciéndonos presentes en los pueblos, en las casas de misión, reuniéndonos pocos, en el nombre de quien nos congregamos. Somos minoría pero no dejamos de anunciar a Jesús, para quien cuenta la persona y no el número.

Nuestra manera de ser Iglesia está impregnada por la historia y en esa, ha sido despojada y lleva-

da a hacer un camino más lento y más seguro. No en ella misma, sino en su fundador quien no tenía dónde reclinar la cabeza. Hemos aprendido a vivir en situación de dificultad. La realidad nos ha hecho pobres y todavía nos mantenemos en esa misma lucha, en ese intento de ser pobres por opción y no solo porque la realidad nos lo impone.

No quiero decir que esta experiencia sea la mejor, o la respuesta definitiva, es simplemente, la manera que hemos descubierto y que nos ha permitido entre ensayo y error, caminar al lado de nuestros hermanos, compartiendo muchas veces, su sufrimiento. Aunque no sea igual el modo de vivir, estamos conscientes de que hemos pasado momentos de impotencia, de dolor, de incompreensión, de rabia, de silencio, y la confianza en Dios, ha sido nuestro único refugio. Como ellos, hemos aprendido a luchar contra viento y marea para no perder la esperanza. No nos rendimos, queremos caminar junto a nuestro pueblo, siendo signos de alegría, de esperanza que no defrauda, de sentido que sostiene y que impulsa a creer que otro mundo, otra sociedad es posible.

Queremos regalarle a la sociedad cubana una Iglesia y una Vida Consagrada que disfruta de lo que hace, que no se deja amedrentar por las amenazas que persisten, sino que se levanta cada mañana con el deseo de regalarse y rega-

larles a sus hermanos, especialmente a los más vulnerables, la certeza de que *“la providencia se levanta antes que el sol”* (Federico Ozanam, Laico Vicentino, francés).